



Afro

La marcha de San Lorenzo que cantábamos en el colegio, la ronda que armábamos en los recreos, los carnavales o las palabras catanga, quilombo y bochinche son algunos ejemplos de la herencia dejada por la comunidad afro en Buenos Aires.

Un poco de historia...

La marcha de San Lorenzo que cantábamos en el colegio, la ronda que armábamos en los recreos, los carnavales o las palabras catanga, quilombo y bochinche son algunos ejemplos de la herencia dejada por la comunidad afro en Buenos Aires. Aunque a muchos todavía les cueste imaginarlo, en épocas de la Revolución de Mayo alrededor de un 30 por ciento de la población de nuestra ciudad era negra. Tenían su propia música, su barrio, sus lugares de baile, sus juegos, su arquitectura doméstica, sus propios diarios y revistas, y hasta un idioma común que permitía a los provenientes de diferentes regiones del continente comunicarse entre sí.

Según un relevo de los censos en los que se consideró la procedencia étnica de los habitantes, el máximo porcentual de afroporteños fue de 30,1% en 1806. A partir de entonces, y hasta fines del siglo XIX, el decrecimiento sostenido de la población negra fue constante, y en el censo de 1887 apenas representaban el 1,8% de la población total. Aunque algunos aseguran que la causa de su desaparición fue la guerra del Paraguay o la fiebre amarilla de 1871, investigaciones realizadas en las últimas décadas afirman que fue más el resultado de una representación historiográfica que una realidad empírica. Por eso, algunos investigadores prefieren hablar de “desaparición artificial” y relacionar tal efecto con la idea de una generación –la Generación del 80, integrada, entre otros, por Bartolomé Mitre y Julio Roca- de “blanquear” a la población como requisito para el desarrollo y el progreso del territorio.

Desde la fundación de Buenos Aires, en 1580, la ciudad ya contaba con una población negra que había sido traída como mano de obra esclava desde el otro lado del Atlántico. La posesión de negros era vista como un símbolo de estatus económico y social, y la tarea desempeñada era decidida por las familias propietarias. El servicio doméstico y las tareas rurales eran las más comunes, pero algunos también trabajaban de plateros, pasteleros y hasta de maestros de música fuera de la casa. Las ganancias, por supuesto, siempre iban para sus dueños.

En Argentina, la abolición de la esclavitud llegó lentamente y como respuesta a un amplio movimiento abolicionista mundial impulsado desde Inglaterra, que suprimió el tráfico de esclavos en 1807. La fiebre abolicionista pasó por varios países europeos y llegó al nuestro en 1812, cuando el gobierno prohibió “la trata” (el comercio) de esclavos. Al año siguiente, la Asamblea del año XIII declaró la libertad de vientres, que consideraba como “libres” a los hijos de las esclavas, y en 1827, Rosas prohibió en forma expresa la compra-venta de esclavos en territorio nacional. Tuvieron que pasar todavía algunos años más para que, en 1853, la Constitución Nacional declarara en forma expresa la abolición de la esclavitud; y algunos más hasta que se estableciera la libertad a los esclavos de extranjeros introducidos en territorio argentino, en 1860, y la abolición quedara completa.



¿Quiénes vinieron?

No existe un número exacto de la cantidad de africanos que ingresaron en América desde la llegada de los españoles, pero se calcula que de los 60 millones que subieron a los barcos en puerto africano, sólo alrededor de 12 llegaron con vida. Ingresaron fundamentalmente a través de los puertos de Montevideo, Buenos Aires, Valparaíso y Río de Janeiro.

En cuanto a su procedencia, no existen datos ciertos. Se estima que la mayoría provino del archipiélago de Cabo Verde y de los territorios que actualmente pertenecen a Angola, República Democrática del Congo, República Popular del Congo y Guinea, área en la que predominaba el grupo étnico que habla la familia de lenguas bantú.

¿Dónde se asentaron?

Según el arqueólogo Daniel Schávelzon, existían dos espacios de la ciudad en los que los blancos tenían acceso restringido: **la zona de la costa del río**, donde trabajaban las lavanderas –es decir, las esclavas y las sirvientas- y los actuales barrios de Montserrat, San Telmo y San Cristóbal, al sur de la ciudad, donde vivía la mayor cantidad de la población afro argentina a fines del siglo XIX. Por las escrituras de la época, además, se sabe que existía población negra y mulata que accedía a la propiedad, aun siendo esclava. Muchos, aunque no fueran libres, poseían talleres de artesanía y trabajo en los que, salvo por el pago diario que debían darle al amo, se manejaban con total independencia.

El último censo que da cuenta de los afroporteños es el de 1887, por lo que actualmente no existen datos fidedignos sobre dónde se asentaron ni cuántos descendientes viven en la ciudad. Según un relevamiento realizado por la Universidad Nacional Tres de Febrero en los barrios de Montserrat (Buenos Aires) y Santa Rosa de Lima (Santa Fe) en el año 2005, entre el 4 y el 5 por ciento de los encuestados se consideran afrodescendientes. Este conteo se denominó Primera Prueba Piloto de Captación de la Población Afrodescendiente por Autopercepción y contó con la asesoría de Lucía Molina, presidente de la Casa de la Cultura Indoafroamericana de Santa Fe, y Miriam V. Gomes, presidente de la Sociedad Caboverdeana de Buenos Aires. Los porcentajes, además, fueron refrendados por estudios del Centro de Genética de Filosofía y Letras y de Veterinaria de la UBA, dirigidos por el antropólogo Francisco Carnese.

Las naciones

La población proveniente de África mantenía su cultura viva a pesar de la esclavitud. En 1827, había siete sociedades de negros en la ciudad: Cabunda (ubicada en Chile y Perú), Banguela (en México 1272, de la vieja numeración), Moros (sobre Chile), Rubolo, Congo y Angola (todas sobre Independencia), y Minas y Mozambique (sobre México). La mayoría de ellas, que popularmente se conocían como “naciones”, tenían sus propios salones de baile y agrupaban a los afroargentinos según su origen.

Si bien nunca fueron encontradas descripciones cuidadosas de las sedes de estas naciones, se estima por documentos de la época que eran en su mayoría lugares abiertos, con los pisos aplanados artificialmente y cubiertos con arena para facilitar el baile. Algunos, además, tenían salas cerradas, alfombradas y acortinadas, pero eran una minoría y dependían de la caridad de algún amo.

La distribución del espacio interno de estos lugares y su ornamentación, al parecer, tenía más que ver con la tradición colonial hispánica que con las nuevas ideas que llegaban de Europa. Cada nación contaba con su bandera, su rey, su reina, tronos para cada uno de ellos y una tarima para recibir a las personalidades importantes. Entre estos asistentes podían encontrarse figuras de la talla de Juan Manuel de Rosas, que solía concurrir

junto a su esposa y su hija, como quedó retratado en el cuadro “Candombe federal” (1836), del pintor argentino Martín Boneo.

Invisibilización

Ya a principios del siglo XX se decía que para ver a un negro había que viajar a Brasil. Sin embargo, por esa época había dos diarios que se dedicaban a tratar los problemas de los afroargentinos: La Verdad, editado por Benedicto Ferreira, un activista en pro de los derechos de los afrodescendientes, y La Protectora, el órgano de difusión de la mutual homónima. Existían, además, asociaciones negras como La Agrupación Patriótica 25 de Mayo y una discoteca atendida casi exclusivamente por negros, el Shimmy Club, que años más tarde se convertiría en destino habitual de la noche de los sábados para aquellos que quisieran bailar candombe y rumba.

Según el historiador **George Reid Andrews**, comúnmente se utilizan cuatro razones para explicar la gradual desaparición de la población negra durante el siglo XIX. La primera es que los afroargentinos fueron reclutados en grandes números por los ejércitos revolucionarios y eliminados en las guerras civiles argentinas del siglo XIX; la segunda, íntimamente relacionada con la primera, es la del mestizaje o mezcla de razas, a la que él adhiere; la tercera hace referencia a la epidemia de fiebre amarilla de 1871 y la gran cantidad de bajas que dejó en los barrios más pobres; y la cuarta, la declinación del comercio de esclavos, luego de la prohibición de su tráfico en 1813, que condenó a la comunidad negra a su extinción gradual al no compensar las pérdidas descriptas en los tres argumentos anteriores.

Para el sociólogo Gino Germani sin embargo, esta supuesta desaparición fue parte de una política inmigratoria, cuyo “primer y explícito objetivo” consistía en “modificar sustancialmente la composición de la población” para europeizarla. Así, en los documentos oficiales la gama de la población anteriormente denominada negra, parda, morena, “de color”, pasó a llamarse “trigueña”, vocablo ambiguo que puede aplicarse a diferentes grupos étnicos, o a ninguno; y gracias a este cambio de definiciones, según Germani, a fines de 1887 el porcentaje oficial de negros bajó su porcentaje a 1,8. A partir de ese período, los censos ya no informaron nunca más sobre este dato.

Sea cual sea la explicación, lo cierto es que a lo largo del siglo XIX hubo un decrecimiento sostenido de la población negra, y que el ingreso masivo de inmigrantes blancos europeos bajó aún más drásticamente, en términos relativos, su proporción en todo el país. Como afirma Miriam Gomes, integrante de la Sociedad Caboverdiana y de la Cátedra Abierta e Estudios Americanistas de la UBA, “si bien la disminución de la población negra es un hecho real y obedece a múltiples causas, no es legítimo hablar de ‘desaparición de los negros’, como lo vienen haciendo las clases dirigentes y la sociedad argentina en general desde fines del siglo pasado y durante el presente”.

Por eso, si bien las confrontaciones bélicas y la fiebre amarilla de 1871 provocaron un gran decrecimiento de la población afroargentina, no es lícito hablar de “la desaparición de los negros en la Argentina”. Como vienen sosteniendo algunos investigadores, antes que disminución, hubo un proceso de “invisibilización”.

Vida institucional

Cofradías y sociedades de socorros mutuos

Las cofradías fueron el primer tipo de organización permitida por ley por y para los afroargentinos. Eran hermandades lega religiosas nucleadas alrededor de una iglesia o convento, cuyos miembros se encargaban del mantenimiento y la paga de las misas a través de las limosnas. La primera cofradía de la que se tiene registro en Buenos Aires fue creada en 1772, en la Iglesia de La Piedad, y pronto se establecieron otras tres, todas durante la década de 1780. La iglesia, por su parte, estimulaba la autoestima de sus miembros como individuos y como grupo, y funcionaba como instrumento de control social.

Las “naciones”, como se llamaba a los centros de los barrios del sur donde la población negra hacía sus fiestas y llevaba a cabo sus cultos, coexistían en una relación difícil con las cofradías. Mientras la principal función de éstas últimas era conciliar a sus miembros con su feliz condición, la de las naciones era la opuesta: juntar dinero para sacar de la esclavitud a sus miembros -dinero que después debía ser devuelto a la sociedad por la persona liberada con un interés del 5 por ciento-. Las actividades de las naciones africanas incluían además otros aspectos mutualistas, como proveer viviendas, gastos funerarios y préstamos.

La Sociedad de la Unión de Socorros Mutuos, la otra gran institución que nucleó a los africanos y afrodescendientes que vivían en el país, se creó en 1855. Estaba integrada por 134 miembros y atenuaba en gran medida las divisiones que habían impuesto las naciones. Si bien no fue la única institución afro argentina netamente mutualista, su importancia residió en ser la primera en su tipo. Durante esa década de 1850, además, se establecieron otras dos: la Sociedad del Carmen y de Socorros Mutuos y la Sociedad Protectora Brasileña, una mutual compuesta por afrobrasileños. Sus surgimientos fueron casi en simultáneo con las primeras mutuales de los nuevos grupos de inmigrantes blancos.

En cuanto al período comprendido entre 1860 y 1890, las sociedades más exitosas de afro argentinos fueron La Fraternal y La Protectora. La primera fue creada por el militar y músico Casildo Thompson y logró uno de los objetivos más importantes de las naciones africanas: el establecimiento de una escuela para chicos de color. La Protectora, por su parte, que continuó funcionando por lo menos hasta la década del treinta del siglo XX, se encargó de publicar uno de los periódicos más leídos de la comunidad afro argentina entre 1880 y 1910.

Díaspóra africana de la Argentina

La Diáspóra Africana de la Argentina (DIAFAR) está integrada por personas comprometidas con el legado y la presencia africana en el país, contra todo tipo de discriminación o prejuicio. Esta organización tiene, entre otros objetivos, erradicar los prejuicios negativos de la sociedad hacia la diáspóra africana, expandir la visibilidad de la presencia afro en Argentina, fomentar los vínculos con otras sociedades con presencia

africana y con África misma, y estimular la inserción laboral de sus integrantes, la enseñanza y la investigación de la historia de la comunidad afro en el país.

África y su diáspora

La asociación civil África y su Diáspora comenzó en marzo de 1999 como una publicación, la revista Benkadi, que intentaba dar respuestas e información a los interrogantes de la comunidad afro argentina. Recién cinco años después, por iniciativa del grupo que integraba esa redacción, se conformó legalmente en una asociación civil sin fines de lucro.

El principal objetivo de la asociación es facilitar la participación de los afrodescendientes y africanos en la Argentina y promover la herencia cultural y la memoria histórica de sus antepasados. Lucha además por una sociedad sin discriminación y sin prejuicios, que integre y ofrezca una condición de vida digna a refugiados afrodescendientes y africanos.

Entre las acciones que llevaron a cabo hasta el momento, se encuentra la realización del “Primer Encuentro de Derechos Humanos y Cultura Afro en la Argentina” (2009), la articulación con el Instituto Nacional de Estadísticas y Censo (INDEC) para la incorporación de estrategias de relevamiento de la población afro argentina en el censo 2010 y la implementación del proyecto “Formación de promotores de salud integral con énfasis en VIH/SIDA y elaboración del primer diagnóstico socio-sanitario en la comunidad afro en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires”, financiado por el Ministerio de Desarrollo (2009).

Casa de África en la Argentina

La asociación civil Casa de África de la Argentina fue fundada en 1995 por Irene Ortiz, descendiente de caboverdianos. Sus principales objetivos son promover el intercambio cultural entre África y Latinoamérica y difundir los valores básicos del Islam: “paz, hermandad y convivencia”. Pero también se dedica, entre otras cosas, a asistir y aconsejar a los africanos residentes en el país para que puedan manejarse lo más cómodamente posible en nuestro país, sea por tiempo transitorio o indefinido.

La institución tiene su sede en Bartolomé Mitre 1225, piso 1, oficina 101 y 102, en la Ciudad de Buenos Aires. Su teléfono es 4372-5046.

Consejo Nacional de Organizaciones Afros de la Argentina

El Consejo Nacional de Organizaciones Afros de la Argentina nuclea a las agrupaciones de afrodescendientes y africanos de todo el país para reclamar y garantizar la implementación de políticas públicas y acciones afirmativas que los incluyan. Su lema es: “Por el reconocimiento histórico y la inclusión de la comunidad afro”.

Instituto de Investigación y Difusión de las Culturas Negras

El Instituto de Investigación y Difusión de las Culturas Negras “Ilé Asé Osún Doyo” fue fundado en el año 1986 por Gladys Mabel Mallorca, su primera directora (actualmente es dirigido por Pedro Mallorca).

Tiene como principal objetivo difundir la cultura africana y afroamericana en nuestro país y entre los estudiosos de todo el mundo. Con ese fin, un año después de su fundación, en 1987, se creó el “Primer Museo Afro-Argentino”, compuesto por dos salas con objetos y vestimentas de diferentes prácticas religiosas del continente, tallas de madera, pinturas, figuras etnográficas, instrumentos musicales y paneles de fotografías. El instituto cuenta además con una “Biblioteca Afro-Argentina” que posee más de 500 ejemplares de obras referidas a la cultura africana y afroamericana.

Desde su fundación, el instituto ofrece ininterrumpidamente conferencias relacionadas a la temática afro en su sede, ubicada en la calle Húsares 476 (Santos Tesei, Hurlingham, Buenos Aires). En el lugar también se puede encontrar la revista de la institución, “África. Origen”.



Fundación África Vive

La fundación África Vive es una sociedad sin fines de lucro que nuclea a la afroargentinos con raíces en el pasado colonial. Su fundadora y presidenta desde 1997, María Magdalena Lamadrid, es descendiente de africanos por quinta generación. Su

bisabuelo, según cuenta, usó el poco dinero que tenía al conseguir su libertad para comprar a la mujer que sería su bisabuela.

África Vive trabaja para dar a conocer historias como las de sus antepasados, la de los negros que vivieron en nuestro país; historias olvidadas. Como ella misma explicó en una entrevista: "Existe un falso concepto creado por los ciudadanos no-afros de Argentina de que no existe población afrodescendiente en Argentina, y aquellos pocos que reconocen de su existencia, la limitan a años remotos y explican que esta población fue exterminada en guerras. Pero en realidad, se nos ha invisibilizado". Por eso, África Vive.

Unión de Africanos en el Cono Sur

La Unión de Africanos del Cono Sur (UNIAMER) fue formada en el año 1999 -en 2002 consiguió la personería jurídica- por un grupo de senegaleses, congoleños y cameruneses, con el objetivo de hacer frente a los problemas comunes de los nuevos inmigrantes africanos en la ciudad.

La asociación, actualmente presidida por el camerunés Víctor Bille, no cuenta con aportes o subsidios de ningún tipo. Son sus miembros los que se hacen cargo de ella a través de colaboraciones y su presidente colabora con el alquiler de la sede (Uruguay 196, 3° piso), que se ofrece a los inmigrantes como un espacio de encuentro y de realización de actividades.

Movimiento Afro-cultural

El Movimiento Afro-cultural es una organización dedicada a la difusión y enseñanza de la cultura afro. Desde el año 2000, resiste en un galpón ubicado en la calle Herrera 313 y dicta clases de candombe, samba, capoeira, danza afro, percusión y construcción de instrumentos.

Aportes a la cultura porteña

Hubo que esperar hasta la década de 1960 para que el revisionismo comenzara a discutir por primera vez si la población afro argentina dejó un aporte cultural significativo en nuestro país. Los estudiosos que quizás más dedicación hayan puesto en este tema fueron Ricardo Rodríguez Molas y Néstor Ortiz Oderigo, quienes definieron un conjunto de rastros culturales característicos de la etnicidad afroporteña.

Contribución en las acciones bélicas argentinas

Según la Ley de Rescate, los propietarios de esclavos estaban obligados a ceder el 40 por ciento de los mismos al servicio militar. Al menos hasta que la Constitución Nacional de 1853 abolió -de derecho- la esclavitud. Por eso, la población negra en Argentina participó en masa en las acciones bélicas del país. Quienes prestaban 5 años de servicio, tenían prometida -aunque rara vez esa promesa se hacía efectiva- su libertad.

Desde 1801, año en que se reglamentaron las Compañías de Granaderos de Pardos y Morenos, soldados negros participaron en todas las guerras. Siempre en las peores tareas y los puestos más peligrosos dentro del campo de batalla. Estuvieron cuando se produjo la invasión inglesa de 1806 y en los ejércitos de la independencia.

En 1812, cuando San Martín regresó de España, su tropa, de 1.200 hombres, contaba con 800 negros libertos, es decir, esclavos rescatados por el Estado para servir al país. Entre 1816 y 1823, pelearon en Chile, Perú, Ecuador. De 1825 a 1828, participaron en la guerra contra Brasil y los sobrevivientes luego lucharon en las guerras civiles entre unitarios y federales. Siguió a esas, las batallas de Caseros, Cepeda, Pavón, en las cuales estuvieron en uno y otro bando. La gran pérdida, finalmente, fue durante la Guerra de la Triple Alianza, de 1865 a 1870.

Las comparsas: de la represión a la tradición

Durante los siglos XVIII y XIX, las quejas del cabildo sobre los candombes fueron moneda corriente. Los argumentos eran de todo tipo: moral, por los movimientos de sus bailes; económico, por las colectas que hacían con dinero proveniente de los amos; y político, por la inconveniencia de que hubiere grandes aglomerados de esclavos en una sociedad esclavista: un informe de 1778 estima que a las fiestas asistían regularmente unas dos mil personas. Por eso, tanto los realistas como los primeros gobiernos patrios prohibieron el candombe. La excepción fue mientras gobernaba Rosas, que disfrutaba de ir personalmente a los eventos.

La primera vez que se permitieron las comparsas por las calles de la ciudad fue durante el carnaval de 1836. Todas las naciones africanas formaron grupos para desfilar, cada una con sus trajes brillantes, sus tambores y sus bailarines.

Recién a partir de la década de 1870, algunos grupos blancos se animaron a tener sus propias comparsas, siempre imitando o parodiando los movimientos de baile, las escenografías, las marchas, las vestimentas y la música de las comparsas negras.

El Candombe

Hasta mediados del siglo XIX, los bailes afroargentinos eran marcadamente de origen africano: se mantenían de manera tradicional, sin agregados argentinos y cada nación tenía sus propias danzas. Con el paso del tiempo, esa pureza se fue perdiendo y los africanos de diferentes naciones desarrollaron una especie de danza compuesta, con elementos de varias de ellas. Esa mixtura fue llamada candombe, y se convirtió en una de las más representativas de la época; mucho más que otras danzas africanas y afroamericanas populares, como la bamboula, la chica y la calenda.

Por lo general, la coreografía del candombe se divide en 4 partes. En la primera, mujeres y hombres forman dos filas enfrentadas. Cantan y se mecen lentamente con un ritmo continuo. En esta parte, ocasionalmente las dos filas se unen para hacer la ombligada, en la cual ambos sexos unen sus abdómenes. En la segunda parte, el ritmo comienza a acelerarse levemente y las parejas bailan de a una por vez, mientras el resto de los bailarines forma un círculo a su alrededor, cantan y aplauden a ritmo.

Después de finalizada la ronda de baile, comienza la tercera parte. El círculo continúa, pero ahora hay más movimiento y los bailarines balancean sus cuerpos alternativamente hacia atrás y hacia adelante. En un momento, un grito repentino interrumpe la música y el tambor principal hace un solo. Ya es la última etapa. Los otros músicos se unen a la percusión y el tempo se acelera. El círculo se disuelve y cada persona improvisa sus propios pasos. La multitud continúa bailando alocadamente hasta que el tambor principal da la orden y todo se termina repentinamente.



Afroargentinos en el origen del tango y la milonga

La incidencia negra en la gestación del tango está siendo profundamente estudiada y el repertorio tanguero cuenta con una amplia producción de autores afrodescendientes que dejaron su marca. La palabra “tango” o “tangó” era un africanismo de la lengua portuguesa y quería decir “hombre que trafica con negros”. Por extensión, en América se llamó tangos a los lugares en los que la población negra se reunía a cantar y bailar, y a toda la música que se tocaba en esos lugares. Otra teoría dice que el término es similar a la palabra tambor y es muy posible que haya surgido como una deformación de ella. Lo cierto es que ya a principios del siglo XIX, los documentos se referían a “los tangos de los negros” para hablar de sus danzas.

Muchos musicólogos, además, aceptan como el primer tango de autoría conocida a “El entrerriano”, escrita en 1896 por el bandoneonista afroargentino Rosendo Mendizábal. Otros compositores afroargentinos fueron Carlos Posadas, Enrique Maciel, Cayetano Silva y Zenón Rolón, que entre otras cosas escribió la Gran marcha fúnebre que se ejecutó cuando repatriaron los restos de José de San Martín, en 1880.

En cuanto al tango como danza, sus vínculos con el candombe se daban en las academias de baile, habitualmente ubicadas en zonas apartadas de la ciudad. Si bien llegaban grupos de gente con mayor nivel económico para divertirse una que otra noche, las clientelas de las academias eran los blancos pobres y los negros de la ciudad. Ahí se juntaban a tomar, jugar, bailar; y de ese contacto interracial finalmente se generó la milonga, una danza que bailaban los jóvenes blancos en burlona imitación del candombe. Así, al menos, fue descrita en 1883: “La milonga sólo la bailan los compadritos de la ciudad, quienes la han creado como una burla a los bailes que dan los negros en sus sitios. Lleva el mismo movimiento de los tamboriles de los candombes”.

Más adelante, la milonga evolucionó en el tango y el candombe, una danza ya muerta, se convirtió en un condimento de la cultura porteña. Algunos llegan a ver una relación directa entre una y otra danza. Cuando la pareja une sus cuerpos y se desliza en uno y otro sentido, ven el descendiente lineal y la ombligada de la primera etapa del candombe.

La payada también se nutre de la influencia afro. No es casual que el ficticio oponente del Martín Fierro, en las dos partes que componen el poema nacional, haya sido negro. La mayoría de los payadores más famosos eran afroargentinos. Pancho Luna, Valentín Ferreyra, Pablo Jérez, Felipe Juárez, Higinio de Cazón y Luis García fueron algunos de ellos. Gabino Ezeiza, aceptado como uno de los más grandes de los payadores, también era afroargentino, hijo de esclavos

Aportes a la música

Si bien los tambores y otros instrumentos de percusión eran los favoritos de los afroargentinos, muchos músicos negros adoptaron otras opciones. Hubo tecladistas negros que se desempeñaron como organistas en iglesias y otros que vivían gracias a los ingresos que obtenían como pianistas en fiestas y teatros, o tocando en las reuniones de moda y dando clases. Entre los “maestritos” –así se los llamaba-, estaban Alejandro Vilela, Remigio Navarro, Federico Espinosa, Remigio Rivarola, Roque Rivero, Tiburcio Silvarrios y varios afroamericanos más. Varios de ellos eran compositores, como Roque Rivero, que publicó sus piezas breves en la revista La Moda. Remigio Navarri, además, llegó a ser director de la Orquesta del Teatro Argentino y compuso varias obras en colaboración con el poeta Esteban Echeverría.

Influencia en el lenguaje

Mucama, mondongo, quilombo, mina, marote, catíng, mandíng, milonga, y muchas palabras más que usamos para expresarnos cotidianamente tienen raíz negroafricana. Sin embargo, ni los diccionarios etimológicos ni el diccionario de la Real Academia Española consignan el verdadero origen de estas voces. Ni siquiera tienen una abreviatura para tal tipo de término. El origen de “mucama”, por ejemplo, aparece como “inc.” (incierto) o “indet.” (indeterminado); “bujía” como vocablo árabe; y “mandíng”, “mondongo” y “tamango” como americanismos.

En el libro Eurindia (1924), de Ricardo Rojas, aparece por primera vez un reconocimiento de la existencia de afroargentinismos. Escribe: “Poseemos también algunos argentinismos que provienen de lenguas africanas, pues aún cuando la raza negra de la esclavitud colonial nunca fue aquí tan populosa como en otras regiones de

América y se ha extinguido en la Argentina, ella nos ha dejado las palabras ‘zambo’, ‘candombe’, ‘mandinga’, ‘bochinche’, ‘quilombo’, ‘zamba’, ‘maní’, ‘batuque’, ‘bambula’, y acaso ‘chingar’, ‘chimango’, ‘tongo’, que no figuran en los diccionarios académicos”.

En 2006, Ortiz Oderigo publicó el Diccionario de Africanismos en el Castellano del Río de la Plata, libro que recomiendan las asociaciones de afrodescendientes para este tipo de consultas.

Prensa

Los primeros dos periódicos de la comunidad afroargentina de la Ciudad de Buenos Aires se publicaron en 1858: La Raza Africana y El Proletario. Se ignora cuál comenzó a editarse primero porque sólo se conserva –y parcialmente- el segundo de ellos, fundado por Lucas Fernández. Lo que sí se puede afirmar es que El Proletario, ya desde su nombre, denota la conciencia de una clase trabajadora negra establecida y libre. Este diario, además, fue tan relevante en la escena social porteña que algunos investigadores de nuestro socialismo lo sitúan como pionero en este tema. Desde entonces y hasta 1882, circularon una veintena de diarios afroporteños, con una difusión y perdurabilidad variable.

Personalidades

Las posibilidades que tenían los negros en una sociedad de blancos eran muy pocas. La mayoría se enlistaba en el ejército e iba a la guerra, o se enrolaba para después desertar, como sucedió y, según el historiador George Reid Andrews, en forma más masiva de lo que se cree. A pesar de tanta adversidad, los africanos dejaron un sello indeleble en la sociedad argentina. Hubo grandes artesanos, constructores, plateros, compositores de música, médicos, escribanos, artistas, escritores y políticos. Lo que sigue es una lista de algunas de las personalidades de la comunidad afroargentina más relevantes.

José Betinotti (1878-1915): poeta porteño, cantor y uno de los últimos payadores que alcanzaron cierta popularidad. Como poeta fue simple y directo. Cantó y payó en cafés, almacenes, pulperías y con frecuencia se presentaba en el Café Los Angelitos (Rivadavia y Rincón). Fue, además, propalador del radicalismo yrigoyenista y compositor de tangos como “Pobre mi madre querida” y “Qué me habrán hecho tus ojos”. Su vida quedó plasmada en la película “El último payador”, dirigida por Homero Manzi y Ralph Pappier en 1950.

Higinio Cazón (1866-1914): excelente payador y porteño de alma. Dejó como parte de su obra numerosas composiciones poéticas publicadas en distintos medios, pero todavía no reunidas. Moreno oscuro, de bigotes, pelo abundante y siempre muy bien vestido, también incursionó en el periodismo.

Gabino Ezeiza (1858-1916): nació en la negra San Telmo, pobre y humilde, y se convirtió en el más grande de todos los payadores de su época, con una fama que llegó a todos los rincones del país. Se le atribuyen más de 500 composiciones, que dio a conocer él mismo, viajando de rancho en rancho, de pulpería en pulpería y de pueblo en pueblo con la guitarra bajo el brazo. El cronista y letrista de tango Francisco García Jiménez escribió sobre él en sus Memorias: “El color de su piel le impidió dispersarse

en alardes de trovador amoroso, por su instintivo y digno recato que está en la mejor esencia de su raza. Sabiendo que sería gastar pólvora en chimango salir a enamorar 'prendas' blancas y ponerse a pagar en versos floridos con guitarreros buenos mozos y picaflores, dejó de lado los temas del lucimiento palabrero propio y eligió las pujas de más garra, con la que pudiera injertar de redención para la gente postergada". Sólo hay 3 estatuas de afroargentinos en todo Buenos Aires; una de ellas es un deteriorado busto de Gabino Ezeiza, en el barrio de Mataderos.

Horacio Mendizábal (1847-1871): poeta del período romántico de mucha producción, a pesar de su corta vida. Era un reivindicador de los derechos de su comunidad. Publicó "Primeros versos" (1866) y "Horas de meditación" (1868).

Rosendo Mendizábal (1868-1913): hijo del poeta afroargentino Horacio Mendizábal, fue un destacado pianista y compositor de los primeros tiempos del tango. Solía tocar como solista, pero en algunas oportunidades también dirigió conjuntos, como el quinteto que conformó para los bailes del Salón San Martín (Rodríguez Peña 244), formado por Ernesto Ponzio (violín), Vicente Pecci (flauta), Eusebio Aspiazú (guitarra) y el "Cieguito" Gaudino (cuyo instrumento se desconoce). Sus composiciones incluyen, además de "El entrerriano" –su obra más conocida y que muchos musicólogos aceptan como el primer tango de autoría conocida-, "Don José María", "Pillito", "Reina de Saba", "Don Padilla" y "Z Club".

Tomás Platero (1857-1925): hijo de esclavos, se recibió de escribano en 1882 y se instaló en La Plata, donde vivió hasta su muerte. Desde allí se convirtió en uno de los fundadores de la Unión Cívica Radical; figuraba entre las autoridades del primer Comité radical de La Plata. Fue primero seguidor de Leandro N. Alem y más tarde de Hipólito Yrigoyen. Fue también uno de los profesionales fundadores del Colegio de Escribanos de la Provincia, presidente de la Sociedad Cooperativa de Electricidad y fundador, y más tarde presidente, de la Sociedad Nacional de Socorros Mutuos La Protectora. A su funeral, asistieron el gobernador de Buenos Aires, José Luis Cantilo, el intendente Morales, Federico Zelarrayán (con las condolencias de Hipólito Yrigoyen) y numerosas autoridades de la UCR.

Bernardino Rivadavia (1780-1845): se rumoreaba que la familia Rivadavia tenía antepasados africanos. Por eso, uno de los mote despectivos con el que llamaron los opositores políticos a Bernardino Rivadavia fue "doctor Chocolate". A pesar de que en el censo de Buenos Aires de 1810 fue rotulado como blanco, el historiador J. A. Rogers incluyó a Rivadavia como uno de los ocho latinoamericanos de color en su antología *Great Men of Color*, y otros escritos de la época también lo describen como de piel oscura. En su defensa, el historiador George Reid Andrews escribió: "El estigma del ancestro africano era una pesada cruz que se debía soportar en la sociedad de Buenos Aires; toda vez que se presentaba la posibilidad de quitársela de encima y de pasar como blanco, sólo una persona rara no la hubiese aprovechado. (...) Es sumamente difícil documentar el proceso por el cual los afroargentinos dejaban la categoría racial negra o mulata y entraban en la blanca, dado que una parte integrante de ese proceso era la destrucción o el oscurecimiento de los registros relativos a la ascendencia africana".

Antonio "Falucho" Ruiz (¿-1824): fue un soldado conocido por su valentía en el campo de batalla. Incorporado en las fuerzas armadas en 1813, luchó en el ejército del norte y más tarde en la campaña de Chile y en Perú, donde se dice que fue fusilado en

medio de una sublevación por resistirse a hacerle honores a la bandera española. Según escribió Bartolomé Mitre en Historia de San Martín y de la emancipación americana, el negro Falucho “fue fusilado al pie de la bandera española” y “murió gritando: ¡Viva Buenos Aires!”. Algunos autores, sin embargo, afirman que la muerte heroica de Falucho fue un invento de Mitre. Según los testimonios existentes de la época, lo que sí se sabe con seguridad es que un soldado negro murió heroicamente en Callao por no querer rendir homenaje a la bandera realista. Muy probablemente ese soldado no haya sido Falucho, que según documentos de la época fue un soldado negro del batallón 8° del Ejército de los Andes, posiblemente con el rango de cabo segundo, que para 1830 todavía vivía en Lima. Actualmente una estatua suya se encuentra en la plazoleta que lleva su nombre, en Florida y Santa Fe.

Barrios, calles, plazas y monumentos

Entre los más de 200 monumentos públicos que exhibe la ciudad, tres están relacionados directamente con los afroargentinos: un recordatorio de la institución de la esclavitud llamada El esclavo (Parque 3 de Febrero), una estatua del semimítico soldado Falucho y un deteriorado busto del payador Gabino Ezeiza, que se encuentra en Mataderos y le falta la placa con el nombre.

El autor de la primera obra nombrada, Francisco Cafferata (1861-1890), cuenta también con una calle propia. Si bien era hijo de inmigrantes italianos, además del creador de la obra de bronce El esclavo (en los bosques de Palermo), Cabeza de esclavo (en el Museo Nacional de Bellas Artes) y de los bustos La mulata y El mulato, fue el iniciador de la estatua de Falucho –que concluye su discípulo Lucio Correa Morales.

El cantero central África, ubicado en la Av. San Isidro Labrador, entre las calles Arias y Deheza, fue inaugurado en el año 1988.

Curiosidades

Según un relevo de los censos en los que se consideró la procedencia étnica de los habitantes, el máximo porcentual de afroporteños fue de 30,1%, en 1806.

El 5% de la población sabe que tiene antepasados provenientes del África negra. La información surge de la Prueba Piloto llevada a cabo en 2005. Asimismo, en un estudio del Centro de Genética de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires se establece que un 10% de los habitantes de Buenos Aires y conurbano posee marcadores genéticos africanos-negros.

Muchos musicólogos, además, aceptan como el primer tango de autoría conocida a **El entrerriano**, escrita en 1896 por el bandoneonista afroargentino Rosendo Mendizábal.

Otros compositores afroargentinos fueron Carlos Posadas, Enrique Maciel, Cayetano Silva y Zenón Rolón, que entre otras cosas escribió la Gran marcha fúnebre que se ejecutó cuando repatriaron los restos de José de San Martín, en 1880.

Ver fuentes consultadas

- Andrews, George Reid, Los afroargentinos de Buenos Aires, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1989.
- Carnese, Francisco; Avena, Sergio; Goicoechea, Alicia; et al., “Análisis antropogenético de los aportes indígena y africano en muestras hospitalarias de la Ciudad de Buenos Aires”, Buenos Aires,
- Revista Argentina de Antropología Biológica, N°3, pp. 79-99, 2001.
- Carretero, Andrés M., “Transculturación y sincretismo en los afroporteños”, Buenos Aires, Historias de la Ciudad. Una Revista de Buenos Aires, N° 7, diciembre de 2000.
- Cirio, Norberto Pablo, Afroargentino del tronco colonial, Buenos Aires, s/d, 2006.
- Cirio, Norberto Pablo, Bantuísmos en la Argentina: estado de la cuestión y sus potenciales histórico y etnográfico, Porto Velho, Universidade Federal de Rondônia, 2007.
- Geler, Lea, Andares negros, caminos blancos. Afroporteños, Estado y Nación. Argentina a fines del siglo XIX, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2010.
- Gomes, Miriam, “La presencia negroafricana en la Argentina. Pasado y permanencia”. En: Historia Integral Argentina, Tomo V, “De la Independencia a la Anarquía”, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1970.
- Gomes, Miriam, “Presencia negra y mecanismos de invisibilización”, Buenos Aires, Jornadas de Patrimonio Cultural Afroargentino, 2006.
- Monumentos y Obras de Arte en el Espacio Público, Buenos Aires, Comisión de Preservación del Patrimonio Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2001.
- Piñeiro, Alberto Gabriel, Barrios, calles y plazas de la Ciudad de Buenos Aires. Sus nombres desde la fundación hasta nuestros días, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2005.
- Ruchansky, Emilio, “¿Negros en Buenos Aires?”, Buenos Aires, Adital/Argenpress, 4 de febrero de 2003.
- Schávelzon, Daniel, Buenos Aires negra. Arqueología histórica de una ciudad silenciada, Buenos Aires, Emecé, 2003.
- Stubbs, Josefina y Reyes, Hiska (Eds.), Más allá de los promedios: Afrodescendientes en América Latina: Resultados de la Prueba Piloto de Captación en la Argentina, Buenos Aires, Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2006.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

